

Anotaciones críticas acerca del concepto de *progreso*

Ricardo López Pérez
Universidad de Chile
rlopezp@med.uchile.cl

Recibido: 13 de octubre de 2017
Aceptado: 30 de noviembre de 2017

Resumen

Progreso es un movimiento sostenido en una dirección deseada. El supuesto es que el tiempo fluye linealmente y puede ser anticipado. La ciencia clásica, por ejemplo, presupone una perfección gradual sometida a una objetividad que permite impedir el dogmatismo y el nihilismo epistemológico, porque si bien no es probable una verdad definitiva, no cabe desconocer los avances parciales. En otro ángulo, mientras muchos problemas científicos del pasado están superados, en la filosofía jamás hay sosiego: en todo momento surgen respuestas nuevas y competitivas para cada asunto. Muchos filósofos de otras épocas mantienen un creciente interés y continúan teniendo lectores. Lo mismo puede decirse del arte, en donde resulta evidente que el pasado no es inferior al presente, ni el presente representa una superación del pasado. ¿Cuál es entonces el alcance del concepto de progreso? ¿Podríamos prescindir de él a la hora de valorar la profundidad de la filosofía y del arte? ¿Se aplica cuando se trata de comprender las raíces de la ética y la moral? Ciertos aspectos de la cultura, de la experiencia social y personal, no se sujetan a un orden lineal del tiempo, ni siquiera a un avance verificable. En estas líneas se problematiza sobre estos aspectos, recogiendo el aporte algunos autores señalados. Desde luego, se trata de una aproximación no exhaustiva, con fortuna una provocación, apenas un gesto ensayístico.

Palabras clave: progreso; ciencia; filosofía; arte; ética.

Abstract: *Critical notes about the concept of progress*

Progress is a movement sustained in a desired direction. The assumption is that time flows linearly and can be anticipated. Classical science, for example, presupposes a gradual perfection subjected to an objectivity that allows to prevent dogmatism and epistemological nihilism, because although a definitive truth is not probable, partial



advances can not be ignored. In another angle, while many scientific problems of the past are overcome, in philosophy there is never peace: at every moment new and competitive answers emerge for each issue. Many philosophers of other times maintain a growing interest and continue to have readers. The same can be said of art, where it is evident that the past is not inferior to the present, nor does the present represent an overcoming of the past. What then is the scope of the concept of progress? Could we dispense with it when assessing the depth of philosophy and art? Does it apply when it comes to understanding the roots of ethics and morals? Certain aspects of culture, of social and personal experience, are not subject to a linear order of time, or even to a verifiable advance. In these lines, these aspects are problematized, with the contribution of some noted authors. Of course, it is a non-exhaustive approach, fortunately a provocation, just an essay-like gesture.

Keywords: progress; science; philosophy; art; ethics.

PRIMERA ANOTACIÓN

Fue preciso esperar hasta el siglo XVIII para tener una formulación definida del concepto de progreso como fenómeno social. En efecto, la primera formulación rigurosa ocurrió recién en la Ilustración. Todo indica que fue el Marqués de Condorcet, quien formuló inicialmente una idea completa, desarrollando un ambicioso proyecto consistente en "mostrar los cambios sucesivos de la sociedad humana, la influencia que cada instante ejerce sobre el siguiente y, así, en sus modificaciones sucesivas, el avance del género humano hacia la verdad o la felicidad" (citado en Bury, 2009: 215). De este modo, llegará una época en que los hombres no tendrán "más señor sobre ellos que su razón", terminando con toda forma de servidumbre. Paradojalmente, acaso como un adelanto de las dificultades que tendrá este concepto, Condorcet, activo colaborador en la elaboración de la primera constitución de la República Francesa, terminó siendo víctima de la misma transformación que testimoniaba el proclamado progreso.

El historiador Jacques le Goff coincide con este enfoque, pero considera un margen más amplio: "La idea explícita de progreso se desarrolla en el periodo que va desde la invención de la imprenta en el siglo XV a la Revolución francesa". Entrando en el siglo XVII, agrega, "la idea de progreso se afianza, pero esencialmente en el ámbito científico; sólo después de 1740 el concepto de progreso tiende a generalizarse y se difunde en los campos de la historia, la filosofía y la economía política" (2005: 210).

Gracias al ejercicio de la razón, el pasado se convierte apenas en un antecedente. Ahora la mirada está proyectada preferentemente hacia el futuro. En lugar de mirar hacia atrás, como lo hicieron de preferencia

las sociedades pre modernas, ahora se trata de mirar hacia adelante. Todo se ha invertido, en lo que viene se entiende que los héroes culturales serán el científico, el inventor o el explorador, no el poeta que canta las glorias de tiempos remotos o el texto que narra el misterio de los orígenes.

Etimológicamente el vocablo “progreso” significa adelanto, perfeccionamiento, mejoramiento; viene del latín *progrēssus* que es acción de avanzar, acción de ir hacia adelante. Una marcha, un paso a paso, un movimiento y una dirección. En tal sentido, es un fenómeno verificable en distintos ámbitos. La vida entera, al menos en cuanto al transcurrir del tiempo, está sometida fatalmente al progreso. Por ejemplo, para los seres humanos: nacimiento y muerte, niñez y vejez, potencia y acto, todo ello en una sucesión inevitable.

Al margen de la etimología, y conforme más bien a su biografía, el progreso hace referencia a situaciones de gran complejidad. El progreso no puede ser cualquier cambio, sino una encarnación de un estado superior, la búsqueda de un horizonte deseado, una orientación hacia un fin, un desarrollo. El supuesto implícito es que el tiempo fluye manteniendo una línea ascendente, segura y predecible. Es una noción normativa y con un fuerte contenido subjetivo: para establecer la existencia del progreso, es preciso saber a dónde se quiere llegar. En relación con la vida social, por ejemplo, el progreso sólo puede ocurrir considerando el cumplimiento de ciertos deseos, esperanzas y hasta utopías, vinculadas con la ética, la justicia, la libertad, el bienestar o la felicidad. Desde esta perspectiva, cualquier progreso, imaginado o real, por su propia naturaleza tiende a ser una cuestión sujeta a debate.

Es fácil advertir que la noción de progreso tiene un carácter múltiple: se asocia a una dirección y a una meta, y simultáneamente a un valor asignado. Ninguna de estas aproximaciones, ciertamente interdependientes, se presenta en forma unívoca. Las ideas de dirección y de meta, introducen la necesidad de distinguir entre un proceso que permanece abierto o, por el contrario, un proceso llamado a culminar, como ocurre en ciertas formas del pensamiento religioso o en el sistema hegeliano. La idea de valor, a su vez, puede tener el sentido de una expresión de deseos, o bien de una situación deseable fundada en razones evidentes. Al mismo tiempo, hay consideraciones sobre la extensión del progreso: en un caso puede ser concebido con un carácter universal, como ocurre con pensadores ilustrados y positivistas, en donde el progreso es propio de la civilización en su conjunto; o en otros casos como un desarrollo acotado, referido a un ámbito definido.

En una época de mayor escepticismo en materia de progreso, la tendencia ha sido alejarse de concepciones demasiado abarcadoras, introduciendo ciertas discontinuidades. Especialmente se han marcado rupturas definidas entre el progreso en ámbitos científicos y el avance tecnológico, y otros aspectos de la vida social, particularmente aquellos que limitan con dimensiones morales o éticas. Al respecto, Georg von Wright escribe: "...resulta evidente que no hay relación directa entre el progreso en la ciencia y la técnica, y el aumento del bienestar social"

(1996: 95). Por su parte, Viktor Frankl expresa: "El progreso técnico es público y notorio, pero no creo en un progreso automático y ciego con respecto a la cultura. En general, dudo que en los últimos dos mil años los hombres hayan progresado moralmente" (2000:73). Finalmente, es especialmente sugerente el enfoque de Edgar Morin: "Así, pues, hay dos vías para comprender el siglo XX: una de progreso, de desarrollo, de aparente racionalidad; la otra de convulsiones y de horrores" (2011: 27).

Todo muestra que estas dificultades no son fáciles de despejar. Aun así, lo cierto es que la idea de progreso tiene una gran centralidad a la hora de juzgar distintos aspectos de la cultura occidental; y, como era esperable, su tratamiento está traspasado de intensos desacuerdos. Basta revisar dos amplias y bien documentadas genealogías, como son las de John Bury (2009), un texto clásico de 1920; y Robert Nisbet (1996), un extenso libro de 1980, para advertir notorias divergencias. En el primer caso, la idea de progreso es reciente en la historia de Occidente, y como concepto completamente ajeno a la antigüedad; y, en el segundo, es reconocible en sus manifestaciones preliminares desde períodos muy remotos.

Las situaciones críticas se van sumando. En el Positivismo de Augusto Comte, por ejemplo, la idea de progreso alude a una realidad evidente, pero en otros enfoques no es más que ficción. Se encuentran en la literatura pertinente algunas divergencias más o menos razonables, pero también se encuentran con frecuencia expresiones de crítica radical, que agregan dificultad e interés al tema. Un buen ejemplo es el siguiente: "Creemos haber mostrado suficientemente que el progreso humano pertenece a la misma categoría de ideas que la providencia o la inmortalidad personal. Es una idea verdadera o falsa y, a semejanza de aquellas otras, no puede probarse su verdad o falsedad. Creer en ella exige un acto de fe" (Bury, 2009: 17).

Von Wright ha llegado a decir que estamos ante una construcción engañosa, a la que designa como "mito del progreso". Hablando específicamente de la ciencia, su enfoque es que el llamado "progreso científico consiste, en lo esencial, aunque no de forma unívoca y exclusiva, en el descubrimiento de nuevos datos y en su incorporación a un creciente volumen de conocimientos que ciertamente ningún ser humano puede dominar por sí solo, pero en el que cualquiera puede participar. El progreso técnico, por el contrario, consiste, por un lado, en que cosas que antes eran imposibles de hacer devienen factibles, como, por ejemplo, el transporte aéreo, la telecomunicación o el trasplante de órganos vivos, por no mencionar más que unas pocas de las novedades de nuestro siglo. Y aquí, de nuevo, vemos la cuestión del progreso en un sentido impersonal y colectivo. No todo el mundo emprende el aprendizaje de las nuevas artes, que, en general, se practican sólo por una minoría, por más que, en principio, todos pueden disfrutar de ellas" (1996: 92).

Estaríamos ante una falsedad. Acaso ante una simple fábula, un autoengaño, literalmente un espejismo. Una idea con mucho magnetismo, pero sin contenido. Edgar Morín coincide con esta interpretación, pero observa un rasgo positivo: "Hemos perdido la promesa del progreso, pero es un progreso muy grande, finalmente, el descubrir que el progreso era un mito. Hemos aprendido que una razón cerrada usurpaba el sitio de la racionalidad" (2011: 71).

No existe un progreso evidente, ni una dirección asegurada o un ascenso incontaminado. Diferentes autores rechazan la idea de una línea recta y todas las dicotomías que resultan de esa forma de pensar: todo progreso será siempre parcial y provisional. Al mismo tiempo, dice Morín, hay que observar que todo progreso contiene su propia contradicción; produce degradación y engendra un nuevo desorden. Progresión y regresión son parte de un continuo; "no hay progreso sin sombra" (2011: 38); toda civilización engendra su propia forma de barbarie (2007).

Adicionalmente, en parte como un imperativo de justicia, no se puede dejar en el olvido a Friedrich Nietzsche, el autor que con mayor decisión se ha esforzado por reducir la idea de progreso. Acudiendo a la figura de Zaratustra, introduce la idea del "eterno retorno". Una formulación de carácter determinista, prefigurada ya por la filosofía estoica, que concibe el universo como una totalidad cerrada en la que todo lo existente da vueltas sin cesar. Se trata de un retorno permanente de lo mismo: lo que ocurrió ya había ocurrido antes y ocurrirá mañana con la misma forma. Lo que fue es lo que será. Lo que será es lo que ha sido. El tiempo es circular, recurrente, y siempre coincide consigo mismo. Un pensamiento que rompe la oposición entre ser y devenir, postulando que la vida es sólo devenir. El ser íntimo de las cosas consiste precisamente en un devenir radical, en su retorno infinito: todo se despidе, y todo vuelve eternamente a sí mismo, al "anillo del ser". (1972).

SEGUNDA ANOTACIÓN

La noción de progreso, en su expresión convencional y formal, es reciente en la historia de la humanidad. En la cultura griega antigua esta idea no existió, del mismo modo que no existió en la mayoría de las culturas tradicionales. Más todavía, según la historia trazada por Hesíodo en el "mito de las edades", lejos de un avance se produce una degradación sostenida que comienza con una primera "raza áurea de hombres mortales", continúa con una raza de plata, una de bronce, y luego una de héroes que terminó consumida por la "malvada guerra". Finalmente, el tiempo actual (el momento en que escribe) corresponde a un punto extremo de degradación, una concepción inversa a la idea de progreso, en el cual los hombres han perdido virtudes y privilegios: "Y después no hubiese querido yo estar entre los hombres de la quinta raza, sino que hubiese querido morir antes o nacer después. Pues ahora existe una raza de hierro; ni de día, ni de noche cesarán de estar agobiados por la fatiga y la miseria; y los dioses les darán arduas



preocupaciones. Continuamente se mezclarán bienes con males" (Trabajos, 110-179).

Esto último, sin embargo, admite algunos matices, acudiendo a otros antecedentes del mundo griego, que hablan del progreso sin invocarlo como tal. El poeta Jenófanes de Colofón, tiene un enfoque más esperanzador: "Ciertamente los dioses no revelaron todas las cosas a los hombres, sino que, mediante la investigación, llegan éstos a descubrir lo mejor" (Fragmento 188 KRS). En la Antígona, dos siglos después, el poeta Sófocles con frecuencia más proclive a sentencias pesimistas, hace cantar al coro una idea del hombre que apenas se compara con la de Hesíodo. En la primera estrofa se escucha: "Andan por ahí infinidad de cosas formidables, pero ninguna más formidable que el hombre" (332-33). Y más adelante, en la segunda estrofa: "No hay evento al que se enfrente sin soluciones. Únicamente no se procurará escapatoria del Hades. En cambio, tiene ya concebidos medios de escapar a enfermedades hasta ahora incurables" (361-64).

En un sentido equivalente, un antecedente es también el Prometeo de Esquilo. En este caso el personaje homónimo ubicado en el difícil encuentro entre el cielo y la tierra, se presenta como un verdadero héroe del progreso social y de la cultura, atribuyéndose incluso la actual condición humana al declarar que ha convertido a los hombres "de tiernos niños que eran, en unos seres racionales" (443-44). Luego en una larga secuencia de versos (442-506) establece sin disimulo todo el resultado de su filantropía, incluidas las distintas técnicas y el lenguaje. Termina diciendo: "En suma, por decirlo todo concisamente en una frase: sabe que el hombre ha conocido todas las artes a través de Prometeo" (505-06). El mismo poeta, en la Orestíada, la única tragedia que ha llegado a nosotros completa, describe el paso de la venganza a la justicia como un gigantesco paso civilizador.

En la antigüedad griega, sin embargo, el texto que anuncia con más certeza la noción de progreso, se encuentra en la Colección Hipocrática: "Desde hace ya mucho tiempo la medicina está en posesión de todo lo que necesita, porque ha descubierto un principio y un método según los cuales se han logrado ya muchos descubrimientos y muy valiosos; y se lograrán los demás, con tal que los investigadores capaces y conocedores de los hallazgos ya efectuados, tomándolos como punto de partida procedan a ulteriores indagaciones" (citado en Mondolfo, 1955: 542). La continuidad del conocimiento, a la manera de la Modernidad, según la concepción de este anónimo redactor hipocrático, contiene una idea nítida del tiempo y del avance que corresponde con un enfoque del progreso. El párrafo concluye con una sensata advertencia, que bien podría leerse en el Discurso del Método: "Quien en cambio rechaza o menosprecia todos estos descubrimientos anteriores, y trate de investigar por otro camino y en otra forma, afirmando que ha llegado así a realizar descubrimientos, se engaña y engaña a los demás" (citado en Mondolfo, 1955: 542).

En el catolicismo, y en el cristianismo en general, la noción de progreso no alcanzó nunca gran significado, porque sus verdades fundantes han sido reveladas, y por tanto no están sujetas a evolución ni modificación alguna. Además, igual que en la concepción de Hesíodo, también en este caso se verifica una degradación a partir del pecado original: una Caída que afecta toda la creación, y no sólo a sus protagonistas directos.

Agustín, Doctor de la Iglesia y uno de los grandes arquitectos de la mentalidad medieval, desprecia sin pudor toda forma de búsqueda científica y de posible progreso. Comenzando el siglo V, escribe: "Cuando se plantea la pregunta de lo que hemos de creer en cuanto a religión, no es necesario indagar la naturaleza de las cosas como lo hacían aquellos a quienes los griegos llamaban *physici*; tampoco debemos alarmarnos porque los cristianos ignoren la fuerza y el número de los elementos: el movimiento y el orden y los eclipses de los cuerpos celestes, la forma de los cielos; las especies y la naturaleza de los animales, las plantas, piedras, fuentes, ríos, montañas; la cronología y las distancias; las señales de las tormentas en ciernes; y mil cosas más que los filósofos han hallado o creen haber hallado. Baste para el cristianismo saber que la única causa de todas las cosas creadas, sean celestes o terrenales, es la bondad del Creador, único Dios verdadero" (citado en Goldstein, 1984: 52-53).

Un párrafo es suficiente para rebajar todo el valor de la incipiente ciencia medieval, de antiguas raíces griegas, y dejar cualquier proyecto de progreso en el conocimiento sin sustento alguno. El progreso termina siendo antitético con la creación: difícilmente un mundo surgido de una fuerza omnipotente puede ser imperfecto. Más aun, cuando no existe espacio posible para la perfección, lo único que cabe esperar es alguna forma de degradación. Esto es, precisamente, lo que reafirma el filósofo finlandés Georg von Wright, cuando dice que es bueno observar "que las dos grandes civilizaciones de las que nuestra cultura occidental constituye una fusión, o sea, la greco-romana y la judía, nunca se mostraron partidarias del progreso lineal y desbocado. Y más digno todavía de mención, es que de ambas civilizaciones puede afirmarse que comparten una fe implícita en el empeoramiento del mundo" (1996: 70).

Con todo, Robert Nisbet, citando del Libro 22 de la *Ciudad de Dios*, se las arregla para presentar a un Agustín con un perfil más sereno y favorable a los avances: "El genio del hombre ha inventado y aplicado innumerables artes asombrosas, algunas producidas por la necesidad y otras por la exuberancia de la inventiva, de modo que este vigor de la mente, activa no sólo en el descubrimiento de cosas superfluas sino también en el de cosas peligrosas y hasta destructivas, presagia la inagotable riqueza de la naturaleza capaz de inventar, aprender y emplear tales artes" (1996: 88).

Antecedente llamativo que refuerza el carácter polémico del tema, pero es preciso observar que Nisbet olvida (o bien encubre) un antecedente: el santo Doctor, que de joven asignaba un alto valor al

pensamiento y la razón, en su edad madura apuesta decididamente por la revelación y la fe. No ha renunciado a la razón, pero resulta evidente que la somete a la luz de la fe. Su esfuerzo más señalado fue pensar conforme a Dios, la Biblia y la Iglesia; y no podemos dejar pasar el hecho de que elaboró la doctrina del "pecado original", estableciendo con ello una condena eterna y un punto de no retorno.

En la filosofía oriental se encuentra también un enfoque crítico sobre estas materias. Confucio y Lao Tzu, por ejemplo, que concedían gran importancia a la armonía como estado ideal para la sociedad y el individuo, en el marco de una concepción holística de la vida, enfatizaban que la idea misma de progreso en el conocimiento de la naturaleza es una gran ilusión de la humanidad (ver Solomon e Higgins, 1999: 22). Del mismo modo, tal como lo ha expresado Mircea Eliade, muchas sociedades tradicionales rechazaron la idea de un transcurso del tiempo sin regulación, sencillamente porque "un objeto o un acto no es real más que en la medida en que imita o repite un arquetipo" (2008: 41). De esta manera, el pasado jamás se desvanece y en los hechos orienta todo lo que ocurre; el futuro ha de permanecer fiel al presente y éste a su vez al pasado.

Como está señalado, sin embargo, este es un asunto que admite aproximaciones múltiples. En una perspectiva más amplia, que abarca un lapso de 400.000 años, Jacob Bronowski describe un progreso sostenido de la humanidad. Desde el origen de los tiempos, pasando por variadas situaciones, a su juicio es posible observar un incremento incesante de la actividad social, por parte de una especie que no ha dejado de transformarse ni de transformar su mundo: "Entre la multitud de animales que reptan, vuelan, escarban y nadan a nuestro alrededor, el hombre es el único que no se encuentra encadenado a su ambiente. Su imaginación, su razón, sus delicadas emociones y su vigor le permiten no aceptar el medio sino cambiarlo. La serie de inventos merced a los cuales el hombre de todas las eras ha remodelado su mundo, constituye una clase de evolución diferente, no biológica, sino cultural. Llamo a esa brillante secuencia de logros culturales, El Ascenso del Hombre" (1973: 19).

Más adelante, el filósofo Hegel establece como meta fundamental de la historia el despliegue del espíritu y la consecuente realización de la libertad, considerando que semejante proyecto, precisamente, estaba culminando mientras escribía (1996). Esto lo convirtió en el gran filósofo alemán del progreso, pero no sería él mismo sino un francés el que trasladaría con gran énfasis esta idea a las Ciencias Sociales, aun cuando con menos brillo especulativo. En efecto, Augusto Comte, que creía ante todo en el orden y en el progreso, reconoció tres grandes estadios en la historia humana: teológico, metafísico y positivo. Llegó a la convicción de que este ascenso permitía pensar que se había alcanzado el régimen definitivo de razón. En el primer estadio, el hombre intenta comprender el mundo sin muchos recursos intelectuales y en forma pretenciosa, buscando

explicaciones de gran ambición explicativa, conjeturando fuerzas mágicas actuando detrás de lo que se percibe. En el segundo estadio, el hombre mantiene la idea de que el mundo oculta su verdadero sentido, pero ya no lo busca orientándose hacia lo sobrenatural, sino creando entidades metafísicas. Finalmente, en el estadio positivo, el hombre se resuelve a actuar desde su experiencia concreta, renunciando a toda metafísica; la razón toma el control e interviene para ordenar y dar sentido a los datos surgidos de la observación. Así, el hombre primero imagina, luego abstrae, hasta que finalmente solo reconoce los hechos reales (2000).

Ortega y Gasset reconoció en estos dos autores el mérito de dar al pasado un nuevo significado en el contexto de una visión de progreso, advirtiéndolo de paso sobre sus riesgos: "Hegel y Comte fueron los primeros en salvar el pasado que los siglos anteriores habían estigmatizado con el carácter de puro error. (...) Ambos construyen la historia como evolución en que cada época es un paso insustituible hacia una meta y que, por tanto, tiene un absoluto sentido y su plena verdad. La perspectiva histórica se invierte y ahora consiste en la historia del constante acierto: el error no existe. Esto se debe a que Hegel y Comte ordenan el proceso evolutivo del pasado humano en vista de un término absoluto, que es su propia filosofía como filosofía definitiva. Pero esto es congelar la historia, detenerla como Josué parece que hizo con el sol" (Ortega y Gasset, 1944: 204-205).

El pasado ya no es solo un largo error, dice Ortega y Gasset; una visión histórica aporta un sentido de evolución y de proceso. Al mismo tiempo, creer en el progreso no es indiferente: el pasado siempre será inferior al presente y al porvenir. Al margen de este reconocimiento, Ortega y Gasset había tomado distancia del concepto de progreso muchos años antes. Efectivamente, en *La rebelión de las masas*, escribió: "No hay razón para negar la realidad del progreso, pero es preciso corregir la noción que cree seguro el progreso. Más congruente con los hechos es pensar que no hay ningún progreso seguro, ninguna evolución, sin amenaza de involución y retroceso" (1957: 128).

De acuerdo a estos antecedentes se puede interpretar que existe una idea implícita de progreso, presente de manera intermitente en algunos periodos y sociedades; y a lo largo de la historia. A continuación, un concepto formulado como tal, asociado a una forma de entender el tiempo, junto con una serie de valores y las consecuentes discusiones.

TERCERA ANOTACIÓN

Sin duda esta es una idea decisiva en la actualidad para cualquier intento de comprensión de la actividad científica, como seguramente lo es también para juzgar variados aspectos de la existencia social. En este sentido, distintos autores coinciden en reconocer su importancia, pero podría ser Nisbet quien lo expresa con



mayor entusiasmo: "La fe en el progreso ha sido la tendencia dominante a lo largo de la historia. (...) Durante unos tres mil años no ha habido en Occidente ninguna idea más importante, y ni siquiera quizás tan importante, como la idea de progreso" (1996: 19).

Respecto a la ciencia, el progreso implica evolución, transformación y perfección relativa de determinadas prácticas y sus respectivos logros, siempre en dirección de un conocimiento cada vez mejor fundado. Ciertamente, considerando que no es el simple proceso acumulativo lo que importa, sino el desarrollo teórico y su consecuente capacidad explicativa. La Modernidad de manera implícita, y luego la Ilustración y el Positivismo formalmente, incorporaron esta idea como un aspecto medular al momento de hablar del conocimiento y la ciencia.

Con claridad, aún sin un concepto elaborado de progreso, dos próceres de la Modernidad como son Bacon y Descartes, concebían sus aportes en el contexto de un movimiento ascendente hacia la certeza, el conocimiento aplicado, y un aumento del poder sobre la naturaleza.

Bacon jamás hizo un hallazgo científico concreto, pero fue en propiedad un filósofo de la ciencia, que hizo bastante por emancipar a la razón de los "ídolos" que impedían su despliegue. En su *Novum Organum* puede leerse el anuncio de la llegada de una nueva era, en la cual será posible superar la escasez y mejorar la vida en todos sus aspectos. Todo depende de que la ciencia termine por descubrir el funcionamiento de la naturaleza, lo que traerá un mayor control; los hombres tendrán la naturaleza a su servicio. El conocimiento se convierte en poder y permite la transformación del mundo (2003).

Por su parte, en *El discurso del método*, Descartes da por hecho la superación de la filosofía especulativa, y el avance hacia conocimientos útiles para la vida. Según su radiante optimismo, descifrando las claves que subyacen a las fuerzas naturales, se podrán crear artificios de gran impacto, que ayudarán a vencer las enfermedades y contribuirán a una existencia más cómoda. En este proceso, los hombres se harán "como dueños de la naturaleza". Digno de mención es también el empeño desarrollado especialmente en la tercera de sus *Meditaciones Metafísicas*, por demostrar la existencia de Dios desde una óptica estrictamente racional (1967). Poco después, el filósofo Kant reconocía una tendencia al mejoramiento de la vida política, al crecimiento de la cultura, para culminar en el perfeccionamiento de la especie (2007). De allí en adelante, con estos antecedentes, el optimismo de la Ilustración y en seguida del Positivismo, tendrá perfiles de hipérbole.

Progreso es un concepto que presupone una síntesis del pasado y una anticipación del futuro. Tratándose de la ciencia, el progreso requiere observar que cada paso efectivo permite y hace posible el paso siguiente; cada momento está integrado y superado en el que sigue. En cualquier parte en donde se produzca un avance, una vez reconocido, es incorporado por la comunidad científica sin distinción de raza, credo

o cultura. Se agrega un nuevo peldaño, y desde allí se abren otras búsquedas. El concepto de progreso deriva su valor, su interés y su poder, de sus referencias al futuro, pero en conexión con las referencias al pasado; y de aquí resulta una corrección permanente de sus proposiciones. Karl Popper lo expresa de manera precisa, pero con mesura: "La ciencia es una de las actividades humanas, quizá la única, en la cual los errores son criticados sistemáticamente y muy a menudo, con el tiempo, corregidos" (1997: 86).

En la historia de la ciencia esto tiene expresiones señeras. Isaac Newton escribe en una carta de febrero de 1676: "Si pude ver más lejos que otros, es porque me encontraba sobre hombros de gigantes" (citado en Claro, 2008: 19). Nada podría haber logrado Newton, el científico más grande de la historia de la humanidad, si antes no hubiesen existido Copérnico, Kepler, Galileo y otros tantos científicos, de los cuales aprendió lo suficiente para hacer su propia contribución.

Pero Newton no fue el primero en plantear las cosas en estos términos; hasta se podría pensar que estaba parafraseando a otro autor. Bernardo de Chartes, un intelectual del siglo XII, perteneciente a la Escuela de Chartes, verdadero crisol de la ciencia medieval y moderna, escribió: "Somos enanos encaramados en los hombros de gigantes. De esta manera vemos más y más lejos que ellos, no porque nuestra vista sea más aguda o nuestra estatura más alta, sino porque ellos nos sostienen en el aire y nos elevan con toda su altura gigantesca" (citado en Le Goff, 1996: 31).

Al margen de otros detalles, la cuestión central parece estar en la relación entre progreso y objetividad, debido a que la propia objetividad del progreso científico se opone al dogmatismo, e impide que la ciencia se detenga o se petrifique. Al mismo tiempo, el progreso impide la tentación del nihilismo epistemológico, porque si bien la ciencia nunca alcanza la verdad definitiva, tampoco renuncia a sus avances por muy parciales que sean. Una ciencia que hubiese alcanzado el absoluto ya no sería tal, y no podría progresar. Al mismo tiempo, si jamás hubiese demostrado nada, no podría hablarse de avance. Así, en virtud del progreso, la ciencia está siempre en movimiento y abierta a nuevos cambios.

Durante la segunda mitad del siglo XX se han desarrollado diversas posiciones críticas en torno al progreso en la ciencia, como puede observarse en autores como Thomas Kuhn o Paul Feyerabend. El primero de ellos, por ejemplo, se muestra bastante escéptico respecto al pretendido progreso científico. Sostiene que, en determinadas comunidades, cualquier hallazgo será una prueba de progreso, debido a que sus miembros están predispuestos a ver las cosas de esa manera: "¿Dirá alguna vez ese grupo que el resultado de su victoria ha sido algo inferior al progreso?" (2004: 257). En síntesis, al menos desde la perspectiva de la ciencia normal, "parte de la respuesta del progreso se encuentra en el ojo del espectador" (2004: 252).

En otro ángulo crítico, en el contexto del Postmodernismo, la idea de progreso está completamente desvalorizada. Desde una férrea

oposición al realismo científico, el pensamiento postmoderno contiene un fuerte cuestionamiento de la epistemología moderna basada en una distinción nítida entre sujeto y objeto. De este modo, las formulaciones de la ciencia ya no tendrían un carácter objetivo, consecuencia de observaciones metódicas y neutrales, sino que serían un resultado de visiones particulares y culturas específicas. Por tanto, corresponde atribuir al conocimiento científico el mismo estatuto que cualquier otra construcción intelectual y no, como se pretende, una condición de exclusividad y privilegio, por su certeza, validez y confiabilidad. En este contexto intelectual, la confianza en el progreso de la ciencia se desvanece (López, 2013).

En esta perspectiva, Zygmunt Bauman ha dicho que el más profundo significado del progreso se constituye en la conjunción de dos creencias íntimamente ligadas: "el tiempo está de nuestra parte" y "somos nosotros quienes hacemos que las cosas sucedan". Luego agrega, "ambas creencias viven y mueren juntas" (2008: 141).

Pero las cosas son un poco más complicadas. Desde una perspectiva moderna, se puede entender que los problemas científicos formulados en el pasado debieran estar resueltos o descartados. De modo inverso, los interrogantes de la filosofía en mayor medida tienden a permanecer vigentes y abiertos a nuevos abordajes. Algo parecido puede decirse del arte, en donde es evidente que el pasado es inferior al presente. A diferencia de lo que sucede en el ámbito de las ciencias, no son pocos los casos en que viejas filosofías gozan de buena salud, del mismo modo como siguen estando vigentes las grandes obras de los artistas, escritores o poetas de otras épocas.

El filósofo francés André Comte-Sponville pregunta: "¿Qué físico hay, actualmente, que lea a Galileo o a Newton? ¿Qué filósofo hay que no lea a Platón y Descartes? Cualquier ciencia pasada está superada. Cualquier gran filosofía es insuperable" (2000: 35). Así, a diferencia de lo que con seguridad ocurre en otros ámbitos, las filosofías del pasado no siempre pierden su voz. El futuro de la filosofía está en su pasado, ha dicho Alain Badiou (2010: 70). Con seguridad cualquier filósofo de una época ha comenzado por las filosofías del pasado, y a menudo la obra de un autor se relaciona más con aclarar cuestiones del pasado y no con proponer asuntos completamente originales. Luc Ferry agrega: "Seguimos leyendo a Platón u Homero, Moliere o Shakespeare y escuchando a Bach y Chopin, porque son autores de obras singulares, arraigadas en sus culturas de origen y en sus épocas que, sin embargo, resultan ser capaces de dirigirse a todos los hombres de todas las épocas" (2007: 299).

Se puede agregar: cualquier gran obra de arte (pintura, música, literatura, escultura, danza o arquitectura) puede ser igualmente permanente sin importar su fecha de nacimiento. Por esta razón, se habla de lo "clásico" para referirse a obras sin tiempo, que pueden ser gozadas sin restricción, reinterpretadas y observadas cada vez como si

fuesen actuales. Acogidas, al decir de Nietzsche, como un vino de marca. Schopenhauer habló alguna vez de la "literatura permanente"; y Montaigne recomendaba leer de preferencia a los griegos y latinos. ¿Dónde está aquí el progreso? El escritor Jorge Luis Borges, por su parte, dice que los libros clásicos no mueren ni se superan, dado que se leen con un fervor deliberado, una y otra vez, porque allí se encuentra todo lo que es "fatal, profundo como el cosmos y capaz de reinterpretaciones sin término" (2005: 232).

Cuando se demuestra que una teoría científica es falsa, cuando es refutada por un nuevo descubrimiento, sencillamente cae en desuso, al margen de su interés histórico. Inversamente, las grandes cuestiones filosóficas sobre la vida, formuladas en la antigüedad, siguen estando presentes. Desde esta perspectiva, se podría comparar la historia de la filosofía con mayor propiedad con historia del arte o de la literatura. Sería difícil demostrar que las obras de Picasso o de Magritte son más bellas que las de Van Gogh o Rembrandt; o que Dostoievski es superior a Homero o Sófocles; o que Wagner es más grande que Bach; o, en fin, que los intentos por comprender la existencia de Nietzsche o Heidegger, son superiores a las de Diógenes, Epicuro, Jesús o Buda.

En auxilio de la filosofía, Roberto Torretti recuerda que ésta no cae de lo alto, porque no es un ángel ni una musa, sino una pasión que engendra una actividad humana. ¿En qué cambia esto? De acuerdo al autor, en la medida en que la actividad filosófica tiene su fin en sí mismo, y no necesariamente en sus resultados, "su ejercicio será el único índice de su progreso" (2006: 18). Si aceptamos este razonamiento, a lo menos expresa que el progreso en la filosofía no es comparable al de la ciencia.

Existen propuestas sobre modos de vivir o entender la vida, actitudes ante la existencia, de larga presencia a través de los siglos, y que difícilmente quedarán obsoletas. Así, por mucho que las teorías científicas de Aristarco, Ptolomeo o Hypatia estén abandonadas, y únicamente resuenen para el erudito, desde una perspectiva filosófica podemos seguir valorando la sabiduría griega y la reflexión de tantos pensadores que aún conservan su valor; del mismo modo que continuamos apreciando la poesía trágica, la pintura holandesa o la literatura española.

Se impone una interrogante sobre los límites del progreso, pero también hay una sobre su pertinencia: ¿es obligatorio adoptar para todo efecto la perspectiva del progreso? Muchos logros culturales, en la filosofía o en el arte, no se someten en toda su extensión al inevitable paso del tiempo, ni al avance tenaz de una racionalidad instrumental. Se puede reconocer el progreso en muchas actividades humanas. Adicionalmente, en otras tantas es preciso buscarlo y sostenerlo, pero no por ello se vuelve obligatorio convertirlo en la clave que permite comprender la experiencia o la vida social.

Al mismo tiempo, hay sobradas razones para juzgar con cautela la relación entre el progreso científico-técnico y las cuestiones de ética y moral. Cabe preguntarse, entonces, si la noción de progreso es un buen



recurso para estos casos. O bien, dicho en otros términos: ¿Es posible esperar progreso también en cuestiones relativas a la ética y la moral? ¿Realmente necesitamos de la noción de progreso para darnos una adecuada representación en estas materias? Sin duda cada vez, y muchas veces, será preciso perfeccionar nuestros códigos, reglamentos o normativas, pero ello no supone necesariamente corregir sus fundamentos.

Muy temprano en la historia, pero ya en la era axial, Confucio fue el primero en establecer la regla de oro de la reciprocidad: "Nunca hagas a otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti" (2014: 158). Con el paso del tiempo, esta regla tendrá diferentes versiones. Platón hace decir a Sócrates: "No se debe responder con la injusticia ni hacer mal a ningún hombre, cualquiera que sea el daño recibido" (Critón, 49c). Epicuro sentenció: "Lo justo según la naturaleza es un acuerdo de lo conveniente para no hacerse daño unos a otros y no sufrirlo" (Máximas, 31). El sabio judío Hiller postulaba: "No hagas a los demás lo que no querrías que hicieran contigo. En eso consisten la Ley y los Profetas...". De modo similar, en el libro del Levítico, incluido en la Tora, se incluye el mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No mucho después Jesús reiteraba: "Obra con los demás como quisieras que ellos obraran contigo" (ver Armstrong, 2007).

Una tendencia reiterada por Kant, para quien la razón es un rasgo común de la humanidad: "Actúa siempre de acuerdo a una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley". Por esos años también, el médico Thomas Sydenham, apodado "el Hipócrates inglés", testimoniaba: "Nadie ha sido tratado por mí de manera distinta a la que yo quisiera ser tratado si me enfermara del mismo mal". Así, sucesivamente, otros han agregado su banderilla. John Rawls dice: "Concibe siempre tus reglas como si no supieras si estás al principio o al final del orden jerárquico"; y Hans Jonas: "Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra" (ver Escribar, 2013).

¿En qué sentido hay aquí un progreso? Parece, más bien, que se busca cada vez la mejor forma de establecer una versión esencial en un movimiento en espiral que no llega a cancelar ni a superar el pasado, sino a reiterarlo. Es posible que existan excepciones, pero lo habitual es que no sea necesario inventar nuevos valores en cada época. Con seguridad, más que otros valores, se requiere fortalecer la fidelidad a los que ya se conocen.

Del mismo modo que no se requiere de la noción de progreso para reconocer toda la profundidad de la filosofía o del arte, tampoco la necesitamos para comprender la génesis y evolución de la ética y la moral. Podemos considerar la existencia de ciertos aspectos de la cultura, de la experiencia social y personal, simplemente ajenos a un sentido lineal del tiempo.

Nota del editor: Este artículo fue desarrollado a partir de la ponencia: “La idea de progreso: el tiempo en línea recta. ¿Qué pasa en la ciencia, la filosofía y el arte?”, presentada en el XV Congreso de la Asociación Española de Semiótica y la Universidad de Burgos, convocado con el título: “Semiótica e Historia: Sentidos del Tiempo”. Burgos (España), octubre de 2013.

REFERENCIAS

- ARMSTRONG, K. (2007). *La gran transformación*. Barcelona: Paidós.
- BACON, F. (2003). *Novum organum*. Buenos Aires: Losada.
- BADIOU, A. (2010). *La filosofía otra vez*. Madrid: Errata Naturae.
- BAUMAN, Z. (2008). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- BORGES, J. L. (2005). *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé.
- BRONOWSKI, J. (1973). *El ascenso del hombre*. México D. F.: FEI.
- BURY, J. (2009). *La idea de progreso*. Madrid: Alianza.
- COMTE, A. (2000). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Alianza.
- COMTE-SPONVILLE, A. (2012) *La Filosofía. Qué es y cómo se practica*. Madrid: Paidós.
- CONFUCIO (2014). *Analectas*. Madrid: Kailas.
- CLARO, F. (2008). *De Newton a Einstein y algo más*. Santiago: PUC.
- DESCARTES (1967). *Obras escogidas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ELIADE, M. (2008). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza.
- ESCRIBAR, A. (2013). *Ética narrativa: antecedentes y aportes al juicio moral*. Santiago: UDP.
- ESQUILO, SÓFOCLES y EURÍPIDES (2004). *Obras completas*. Navarra: Cátedra.
- FERRY, L. (2007). *Aprender a vivir. Filosofía para mentes jóvenes*. Buenos Aires: Taurus.
- FEYERABEND, P. (2003). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- FRANKL, V. (2000). *En el principio era el sentido*. Barcelona: Paidós.
- GARCÍA GUAL, C. (1993). *Epicuro*. Madrid: Alianza.
- GOLDSTEIN, T. (1984). *Los albores de la ciencia*. México D. F.: FEI.
- HEGEL J. W. F. (1996). *Lecciones sobre historia de la filosofía* (tres tomos). México D. F.: FCE.
- HESÍODO (2003). *Teogonía. Trabajos y días*. Madrid: Alianza.
- KANT, IMMANUEL (2007). *¿Qué es la Ilustración?* Madrid: Alianza.

- KIRK, G. S., RAVEN J. E. y SCHOFIELD, M. (2003). *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos.
- KUHN, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Santiago: FCE.
- LE GOFF, J. (1996). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2005). *Pensar la historia*. Barcelona: Paidós.
- LÓPEZ, R. (2013). "¿El otoño de las certezas? Una caracterización del Postmodernismo". *Revista Rem*, Año 3, N° 3. Universidad del Pacífico. Santiago. Pp. 149-159.
- MONDOLFO, R. (1955). "La creatividad del espíritu y la idea de progreso en el pensamiento clásico". Incluido en *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*. Buenos Aires: Imán.
- MORIN, E. (2007). *Breve historia de la barbarie en Occidente*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2011). *¿Hacia el abismo?* Madrid: Paidós.
- NIETZSCHE, F. (1972). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
- NISBET, R. (1996). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1944). "Dos prólogos". *Revista de Occidente*. Madrid. Pp. 192-224.
- _____ (1957). *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente.
- PLATÓN (2006). *Diálogos I*. Barcelona: Gredos.
- POPPER, K. (1997). *El mito del marco común*. Madrid: Paidós.
- SOLOMON, R. & HIGGINS, K. (1999). *Breve historia de la filosofía*. Madrid: Alianza.
- TORRETTI, R. (2006). "¿Ha habido progreso de la filosofía de la historia?". Incluido en *Estudios filosóficos 1957-1987*. Santiago: UDP. Pp. 11-22.
- VON WRIGHT, G. H. (1996). *El espacio de la razón*. Madrid: Verbum.

Datos del autor

Ricardo López Pérez es Doctor en Filosofía por la Universidad de Chile. Profesor asociado en el Departamento de Educación en Ciencias de la Salud, Facultad de Medicina, Universidad de Chile. Investigador Adjunto del Centro de Estudios de la Creatividad y Educación Superior (CICES), Universidad de Santiago de Chile. Profesor del curso Pensamiento Creativo e Innovación en el Magíster de Comunicación Creativa de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Autor de los libros "Diccionario de Creatividad" (2006), "Creatividad con todas sus letras" (2008), "Prontuario de la Creatividad" (2009) y "Recorridos creativos" (2013).